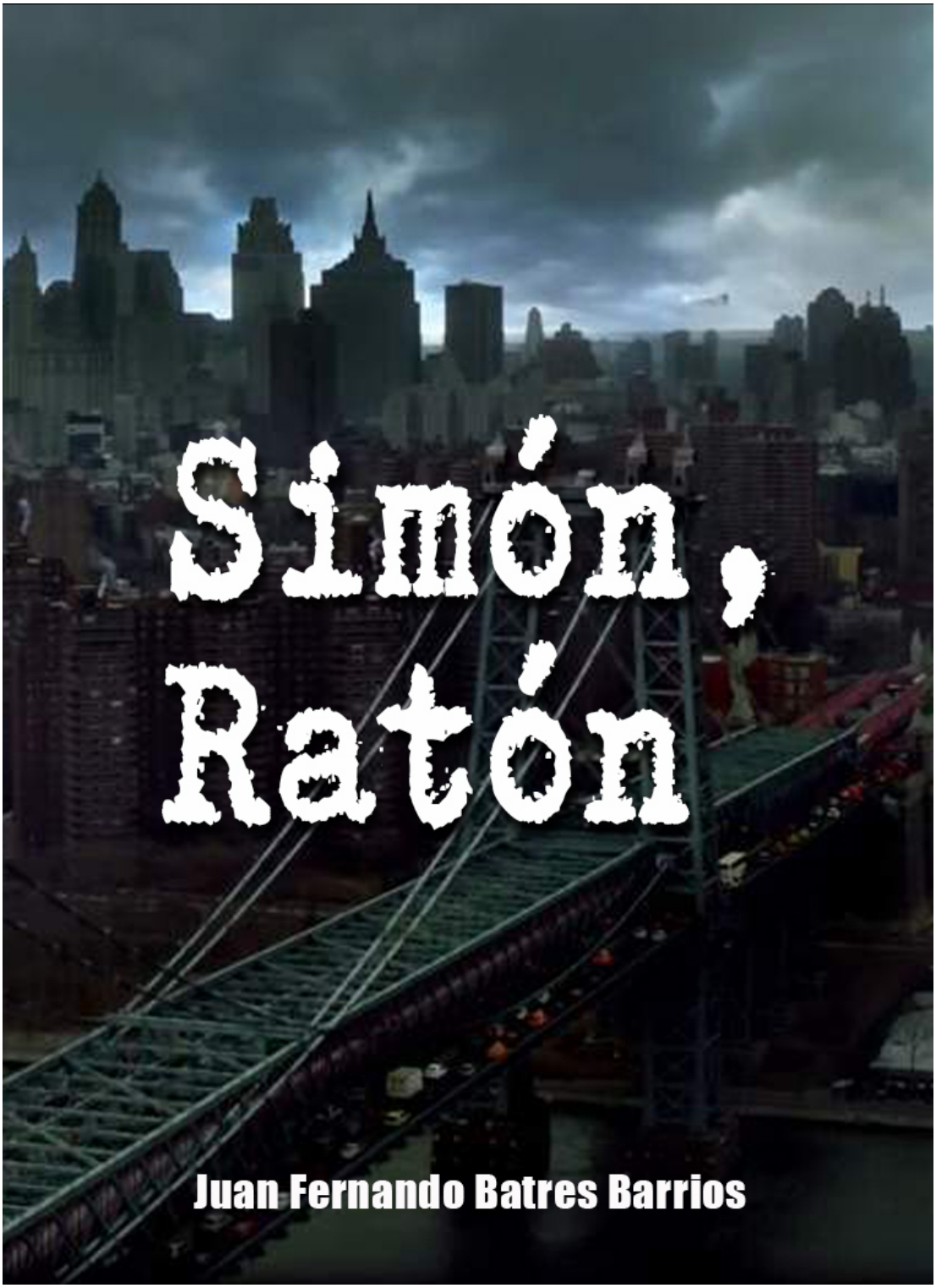
Simón, Ratón

Juan Fernando Batres Barrios



Capítulo 1

Simón, ratón

Juan Fernando Batres Barrios

Esta es una historia algo diferente, es una historia para pensar…

Se trata de Simón el ratón o algo así. Creo que lo mejor es empezar por el principio.

Simon es un niño pequeño, delgado y algo sucio que vive en las calles de una gran metrópolis, como las que vemos en las glamorosas fotografías que solo muestran lo que quieren. Si, esas hermosas ciudades en las que muchos quieren vivir pero solo unos pocos conocen realmente el día a día que se vive en esa jungla de concreto. Estas ciudades suelen mantener un balance triste entre aquellos que caminan por la noche intentando no ser notados y esas hermosas luces en cada esquina.

Tristemente nuestro joven Simón es del grupo que camina por la noche. Este joven se ha ganado un sobrenombre o alias, "Simón el Ratón", debido a su complexión y la facilidad que tiene para moverse en sitios estrechos. El lleva su sobrenombre con orgullo, tanto así que ha pintado la capucha de su abrigo para verse como la cabeza de un ratón.

Simón es un niño típico, nos lo podemos imaginar como alguien con sus zapatillas desgastadas y sucias, un pantalón de mezclilla azul o mejor dicho que alguna vez fue azul, el cual se sujeta con una simple cuerda a su delgada figura. Algo curioso es que usa dos camisetas para mantener un poco más de calor mientras como dijimos, "camina por la noche" y por supuesto su abrigo en el cual lleva dibujada la cabeza de un ratón.

Es difícil verlo por más de unos segundos cuando por la calle entre los basureros y coches aparcados, podemos verlo dando saltos y subiendo a las cornisas con mucha facilidad. Es un niño ágil de eso no caben dudas. Es tan rápido que con el pasar del tiempo se ha convertido en una leyenda urbana.

Era una típica tarde en la ciudad donde miles salen a las calles desde sus oficinas. De repente se ve la sombra de aquel ratón entre los vehículos, esquivando ciclistas y saltando una alcantarilla abierta. Llevaba consigo un paquete de comida rápida y atrás de él pero, muy atrás una voz gritando y reclamando. En fin, una clásica escena en las grandes ciudades.

Una vez que Simón se ha alejado y llega a un oscuro callejón abre el paquete que para su grata sorpres contenía un sándwich y un refresco. El niño los consume rápidamente como quien no ha comido en todo el día.

Después de comer, se sorprende al encontrar en el paquete una cartera con documentos y dinero. Por un momento piensa en conservar la, al fín el lo tomo y sería un extra del día pero, Simón no es un niño malo por lo que decide devolver la, esto sin saber que al final le cambiará la vida.

Al día siguiente se dirige al lugar donde tomó el paquete y empieza a buscar al dueño de aquella cartera para devolver tanto los documentos como el dinero que contiene. Como todo un experto al moverse por las calles ya ha memorizado la identidad de la persona.

Simón veía cada cara a una velocidad increíble y lo comparaba con la persona que buscaba así como lo harían algunos de los softwares más rápidos. Claro que todo esto cuidando siempre de no ser visto ni llamar la atención.

Mientras realizaba su búsqueda empezó a escuchar el sonar de algunas sirenas y ver algunas unidades de emergencia pasando a toda prisa. Esto lo asustó, por lo que usando su agilidad y flexibilidad se huyó y se escondió en la coladera de un callejón que para su suerte encontró abierta. Allí aguardó pacientemente que pasara el alboroto pero, este no pasaba.

Después de un tiempo en aquella coladera, el joven Simón empezó a preguntarse qué pasaba, puesto que también había visto personas que corrían como si escaparan de algo.

En busca de provisiones Simón se dirigió al área de restaurantes donde solía buscar entre las sobras que se desechaban. Triste fue su expresión cuando vio que nadie comía en aquellos lugares y que por lo mismo no habían sobras.

Realmente parecía que hubieran evacuado la ciudad de un solo golpe.

Simón quedó sorprendido y aún sin entender que pasaba escuchó una sirena militar y un grupo de camiones patrullando las calles, en ese momento sus instintos saltaron y sabía que era hora de esconderse. Comenzó a correr, saltó por los basureros y gracias a una ventana rota pudo entrar a un viejo local. Una vez dentro se acurruco en la esquina hasta que sus agudos oídos dejaron de percibir las sirenas y los camiones.

En este punto el pequeño Simón ya estaba exhausto y con toda razón pues ya pasaba de la media noche y el nisiquiera habia comido. Debido a esto decidió que su día había terminado, dormiría un poco y mañana vería

que había ocurrido.

Al amanecer, haciendo honor a su sobrenombre, Simón olfateo el lugar antes de moverse y hasta parecía que podría mover sus pequeñas orejas para escuchar mejor cualquier sonido desde su origen. Lentamente se levantó, recibiendo la grata sorpresa de que había llegado a la bodega de un restaurante. En ella encontró vegetales, frutas y más. En el momento engullo todo lo que pudo, una vez que termino de comer lanzó un eructo y un satisfactorio "¡Aaaah!", hace mucho tiempo que no había comido tanto.

Con la curiosidad de un niño, Simón no resistió y bajó al restaurante donde por primera vez pudo ver de cerca aquellos manteles, las sillas adornadas, diferente cubiertos que no conocía. Lamentablemente el joven Simón nunca había entrado en un lugar así, es más tristemente este niño no sabía siquiera leer y escribir.

Al asomarse, vio que la puerta estaba cerrada pero tambíen vio por las ventanas como la policía y el ejército se llevaban a sus conocidos y compañeros. Esto obviamente lo llenó de miedo y no pudo más que recordar las historias de un viejo loco que había estado en la guerra y había pasado tiempo en la cárcel. Este hombre hablaba de como mataban niños y ancianos, que él había sobrevivido porque en esos tiempos era un joven con energía que podía trabajar la tierra. Sin embargo, Simón era pequeño y sin muchas fuerzas por lo que pensaba que si lo veían… Lo matarían y él no podía permitirlo.

Después de un rato, Simón volvió a bajar con sigilo para descubrir el refrigerador y ver que era el cielo en la tierra. Cuando se encontró con las carnes frias, el pollo, el pescado y demás saltaba de alegría pero Simón sabía sobrevivir así que empezó a crear raciones y partió todo para que le durará unas dos semanas. Su plan era salir del restaurante cuando no hubiera que comer o cuando todo volviera a la normalidad…

Después de un tiempo en el cual Simón no salió del lugar que por suerte encontró, como era de esperar las provisiones empezaron a escasear y por mucho que el redujera las porciones , la verdad es que no duraría mucho más.

Por esto Simón se decide a explorar un poco los alrededores.

Esa noche Simón se puso su abrigo con la capucha de ratón, su amuleto de buena suerte. Salió por la misma ventan rota por la que entró y casi sin hacer ruido dio un salto hacia el callejón el cual se encontraba en completo silencio. A lo lejos pudo ver luces y un alboroto, era una especie de base militar, la cual ocupaba un estacionamiento cercano. Mezclándose

con el entorno Simón avanzó lentamente hasta llegar a dicha base.

Su plan era averiguar algo de lo que había sucedido ya hace un par de semanas, lamentablemente no pudo escuchar nada y solo alcanzo a ver varias tiendas de campaña y muchos guardias. Esto le recordó súbitamente las cárceles de las que aquel hombre hablaba, por lo que se atemorizo, a lo lejos escuchaba una especie de lamentos, como si alguien sintiera un horrible dolor, como era de esperar esto le helo la sangre por lo que inmediatamente se escondió en uno de los arbustos cercanos.

Justo antes de que amaneciera, Simón localizó los suministros de la base así que se deslizó como ratón y tomó algunas provisiones, un par de hogazas de pan, unas latas de "carne misteriosa" y un par de barras de chocolate. Inmediatamente después salió a hurtadillas del lugar, pensando que nadie notaría que algún día estuvo allí.

Una vez afuera y al confirmar que aún no amanecía ni salían las patrullas a la ciudad, Simón decidió dirigirse al sector comercial donde usando sus habilidades de ratón pudo entrar a una gran tienda por departamentos, el joven Simón pensó en quedarse allí un par de días, lo justo que le durarán las provisiones que llevaba consigo y considerando también que aún le quedaban un poco de aquel restaurante.

Recorrió toda la tienda hasta dormir en una cama de la sección de muebles, tratando de recordar si alguna vez había dormido en una. Esa noche durmió lo más cómodo que pudo, incluso tomó un par de sábanas limpias de la estantería. Mientras caía dormido Simón pensaba en que aún sin entender lo que estaba pasando y con algo de miedo, estos eran en realidad los mejores tiempos que había vivido.

Cuando despertó por la mañana decidió que tomaría "prestados" un par de tenis nuevos de la tienda, algo a su tamaño y que le ayudarán a correr aún más rápido. Una vez que empezó a probarse las cosas, se aloco un poco, pensemos por un momento que era un niño el cual nunca había tenido algo nuevo. Termino cambiando todo su atuendo, una playera nueva, un pantalón más cómodo, lo único que no cambió fue su abrigo, si aquel que en la capucha tenía pintada la cabeza de un ratón, aquel que usaba con todo su orgullo.

Lo que Simon no se detuvo a pensar fue que en esas tiendas existen sistemas de seguridad automáticos los cual al percibir el movimiento alertaron de inmediato a la agencia de seguridad correspondiente.

Vestido ahora como un chico "normal", con unos tenis deportivos, un pantalón nuevo, una playera de color llamativo la cual era casi cubierta por su abrigo con capucha de ratón. Simón fue sorprendido por los ruidos que causaban las fuerzas armadas que habían sido notificadas de la

actividad en la tienda.

De inmediato Simón empezó a correr y a buscar un escondite, mientras tanto el ejército ya estaba haciendo su gran entrada sin escatimar en fuerza, rompiendo los cristales y las puertas. Simón aprovechó la conmoción para colarse en una ventila y llegar al techo del comercio donde rápidamente se escondió en uno de los armarios de aire acondicionado, los cuales afortunadamente, estaban apagados. Simón podía sentir como su corazón no se detenía, pensaba que lo capturaban seguro iría a prisión o peor aún, lo matarían sin el entender el porqué.

Poco después Simón escuchó cómo los soldados subían al techo para revisar, por lo que aún agitado logró mantenerse quieto, sin hacer ruido, casi sin respirar. Finalmente los soldados se retiraron sin encontrarlo, Simón se sintió aliviado y algo orgulloso, era casi invencible en lo que a sobrevivencia se refiere.

En ese momento el joven Simón se quedó pensando. ¿Cómo sabían los uniformados que estaba en la tienda? ¡Claro! Exclamo, Las cámaras de seguridad. El joven estaba muy molesto consigo mismo por olvidar semejante detalle. En ese instante mientras continuaba en el armario del techo, planeo como podría continuar en el comercio. Gracias a que el edificio ya había sido revisado y en el proceso un poco desbaratado, buscaría los flipones y los desconectaría, dejando así sin energía todo el lugar. Por las noches si era necesario él usaría unas linternas y lo mejor del plan es que la falta de energía se le atribuiría a la entrada del ejército.

Aún en sus pensamientos el joven Simón se decía a sí mismo que en lo único que se debe enfocar es en sobrevivir, la única explicación que le podía dar a todo esto es que el país estaba en guerra o algo similar. Esa noche Simón el ratón tomo una mochila, la lleno de baterias, unas lámparas de mano, una cantimplora y otras cosas de supervivencia y cuando llegó el momento de dormir se dirigió a una esquina en la cual con o sin energía ninguna cámara de seguridad podría verlo.

El siguiente destino de Simón fue un supermercado donde estuvo por un par de días. En cuanto logró entrar hizo el nuevo procedimiento donde buscaba la sala de seguridad y desconectaba todas las cámaras, en caso de no lograrlo, simplemente cortaba la energía eléctrica de todo el lugar.

Algunas noches se escabulle para ver aquella base militar, donde al parecer no están en una batalla campal sino cuidando de alguien.

Un día mientras Simón obtenía algunas provisiones, escucho hablar a un par de soldados mientras comentaban que al día siguiente vendría un transporte que llevaría algunas personas de las tiendas a un hospital más grande, incluyendo algunos que estaban casi moribundos, al mismo tiempo uno de los soldados reclamaba a su compañero por un par de

chocolates que habían desaparecido de los suministros varios días antes, acusándolo de que se los había comido.

Lo primero causó en Simón muchas dudas, ¿De verdad tienen prisioneros en esas tiendas?¿Algunos ya hasta están muriendo por el encierro?¡Eso era terrible! Por otro lado, recordemos que Simón no es malo por lo que se sintió un poco culpable de escuchar el reclamo de los chocolates cuando sabía que él los había tomado.

Esa noche Simón decidió que dormiría en el parqué, donde conocía un buen escondite que usaba durante el verano. Lo primero que debía hacer era atravesar la base militar, cosa que con sus habilidades sería fácil sin importar que tan vigilado estaba. Pacientemente espero por el momento indicado y cuando llegó, salto de un camión a una caja de madera, velozmente se arrastró por debajo de otro vehículo militar, al verse casi descubierto Simón corrió y se lanzó un gran depósito de basura que para su suerte contenía solamente ropa sucia de las tiendas.

Al ver que ya no habían moros en la costa salto del contenedor logrando llegar un especie de cueva, donde encontró unos muebles viejos y casi destruidos, un colchón viejo y sucio. Esa fue su cama por esta noche.

Simón paso en estas aventuras un poco más, pero poco a poco noto que algo estaba cambiando, era más lento, se levantaba más tarde de lo habitual y aunque tuviera comida, le faltaba apetito. Con el pasar de los días fue entendiendo que aquellos militares estaban cuidando a un grupo de personas enfermas las cuales habían sido puestas en aislamiento. Esa era la razón por la que la ciudad fue evacuada.

Sin embargo Simón sentía que no debía confiar en nadie. El pensaba que tal vez seguían buscándolo por lo de la tienda y que todo era un invento de los soldados para que se entregará, así podrían llevarlo a prisión o peor aún lo matarían.

Ya van un par de meses desde que se cerró y evacuó la ciudad, Por las noches el joven Simón se acercaba al campamento intentando tomar unas provisiones y escuchar algo más. Ahora tambien tomaba algo de medicina pues no se sentía en su mejor forma. Una noche mientras escapaba, resbaló con unas cajas apiladas, el ruido alertó a un soldado que al verlo en el suelo alertó a los demás. Viendo al chico desmayado por el golpe y la falta de fuerzas que se notaba por su respiración acelerada, las cual realizaba con dificultad, finalmente habían atrapado a Simón el ratón.

Después de quien sabe cuanto tiempo, Simón despertó.

No podía hablar, tenía unos tubos en la garganta, estaba aterrado. Eto era aún peor de lo que había imaginado. De seguro estaban experimentando

con él, lo convertirían en zombie o algo peor.

Por su lado los soldados al no tener una identificación, tomaron los datos del carné que traía consigo (si, aquel que quería regresar a su dueño), en el cual se leía *Rafael Antón,* por lo que en la ficha del joven se leía simplemente R. Antón, en la cual agregaron también la suma de dinero que contenía la billetera. Los soldados creían que Simón había robado la billetera, preguntándose cómo y porqué ya que la ciudad estaba vacía. Tratando de identificar al paciente R. Antón, los soldados se dieron a la tarea de localizar al dueño para ver si podría identificarlo aún estando en la sala de Cuidado Intensivos.

Pasaron varios días en los que Simón, conocido como R. Antón por los soldados se debatía entre la vida y la muerte. Era alimentado únicamente por usero ya que su boca y vías respiratorias aún tenían aquellos extraños tubos. Todos los instrumentos médicos parecían fuera de este mundo. Los médicos mantenían a Simón muy sedado y este pensaba que se encontraba en algún laboratorio alienígena, donde experimentaban con el. Pensaba que tal vez se debía a su habilidad para pasar por los obstáculos o por su velocidad para ocultarse. Tal vez el plan era copiar sus habilidades para dárselas a un ejército malvado que dominaría todo el planeta.

La verdad era que aquella noche en la que Simón se escondió en el contenedor de basura, también se contagió de un virus sumamente mortal. Tan mortal que por ello habían evacuado toda la ciudad y tenían a las personas contenidas en aquella base militar. Una parte de los enfermos podían ser tratados e incluso curados, pero sabían que varios perderían la vida y debían evitar que siguieran contagiando a más.

Después de unos días las autoridades finalmente encontraron a Rafael Antón, el dueño de aquel carne que llevaba Simón. Al principio Rafael dudo un poco de la llamada pues había pasada un tiempo desde el incidente donde “patrocinó” un bocadillo para el joven.

Rafael era un desarrollador de software muy inquieto y aún joven, se ganaba la vida diseñando diferente aplicaciones. En esos momentos estaba diseñando un modelo que le permitiera predecir el comportamiento de la enfermedad a nivel local y global. Debido a ello, tenía acceso a la información e incluso las mismas bases del ejército donde estaban los infectados. Era como si tuviera un pase VIP para el concierto más terrible de la historia.

Durante la llamada Rafael le dijo al enfermero que había su perdido su carné hace ya mucho tiempo, que incluso ya había tramitado otro. Por lo que lo sentía mucho pero no podía ayudarle a identificar al joven que habían encontrado. El enfermero, cansado del trabajo y agobiado pues la situación de Simón no se veía bien y ellos no tenían ni un nombre para

identificarlo, le pidió de nuevo a Rafael que hiciera memoria.

Le envió algunas fotografías del niño y de las cosas con las que lo encontraron, además le dijo que en la billetera estaba su identificación, tarjetas de crédito y dinero en efectivo el cual en algún punto tendría que ir a recoger la base. Igualmente le recordó que el por trabajar en el modelo para predecir el comportamiento de la enfermedad tenía el acceso para movilizarse y entrar al campamento de la ciudad.

Rafael, ya algo desesperado de la insistencia del enfermo pero, aún prestando atención, empezó a pensar que en realidad las tarjetas y el carné ya los había repuesto y si bien le serviría el efectivo porque recordaba exactamente el número, pues era el pago de un proyecto que había entregado aquel día pero, no creía que fuera esa cifra. Lo que realmente le llamó la atención fue la fotografía de ese abrigo sucio con una cabeza de ratón dibujada en la capucha.

Al verla Rafael pudo recordar el incidente y ver en sus memorias a Simón el cual desde su punto de vista esa tarde parecía más un ratón que un niño. De inmediato le preguntó al enfermero si conocía la cantidad exacta de efectivo que estaba en la billetera, algo molesto por la pregunta le respondió que si fuertemente pero que no podría decirla, que si era el legítimo dueño tendría que llegar y hacer el reconocimiento de rutina.

Al recibir su respuesta, Rafael le preguntó sobre el niño por primera vez. “Y a todo esto ¿El niño como esta? ¿Tiene buen pronóstico o se ve como la mayoría?”. A lo que el enfermero solo respondió con un silencio que sonaba más que una trompeta. La siguiente pregunta que Rafael le soltó fue “¿Cuanto tiempo tengo para ver al chico aún con vida?” El enfermero respondió que tristemente el niño estuvo expuesto al virus por mucho tiempo y no se trató hasta muy tarde por lo que no creía que más de 48 horas, estas palabras fueron las últimas de aquella llamada entre ambos.

Rafael se quedó helado. Empezó a recordar que después de su encuentro con Simón se lo comento a un amigo y él le dijo que ese chico era toda una leyenda urbana, que parecía más un espíritu que un humano. Habían miles de fabulosas historias sobre sus fechorías o como algunos les decían hazañas.

Empezó a buscar información del niño por toda la red, videos, noticias. Alguien debe haber compartido algo. Quizá hasta daría con su nombre o algún familiar.

Finalmente encontró un reportaje completo sobre el ratón. Un chico escurridizo que asaltaba a los citadinos de la ciudad por un trozo de pan, por un refresco o cosas similares. Algunas personas decían conocerlo, que era todo un sobreviviente de las calles, de aquellos que no vemos en las

noches y sobreviven por sí mismos en esta ciudad.

Algunos incluso decían que tuvieron el Privilegio de hablar con el, que no era malo, solo alguien que no tuvo una mejor oportunidad, alguien sin pared, sin apoyo, el chico era como un fantasma en el sistema.

Quizás ni siquiera estaba su nacimiento pero, el decía que se llamaba Simón.

Ahora Rafael decidió que no había tiempo que perder que debía conseguir un transporte y ver al niño pero, aún con un pase VIP el no se mandaba solo. Necesitaba pedir el transporte oficial y eso por sí mismo era un trámite aparte.

Regularmente esto tomaba algunos días pero, Rafael pidió algunos favores que después tendría que pagar con trabajo extra. Estaba listo, el transporte lo llevaría a la base el día siguiente. Solo esperaba que aún pudiese conocer a Simón el ratón y por lo menos darle un nombre antes de ese final.

El día siguiente Rafel hace su entrada en la base militar donde es recibido por el médico encargado. Este no le permitía el ingreso a la instalaciones y mucho menos al área de cuidados intensivos donde aún se encontraba Simón casi totalmente sedado y perdiendo la batalla contra la enfermedad. A cada instante le costaba más respirar, cada respiro le cortaba el pecho y el solo abrir los ojos era un esfuerzo casi sobrehumano para el pobre niño. Rafael pidió hablar con el enfermero que lo llamó pero, le dijeron que este se encontraba enfermo por agotamiento y aislado pues creían que podía estar contagiado.

Cuando Rafael estaba por rendirse recordó que debía hacer el reconocimiento de rutina de sus pertenencias, las cuales habían sido encontradas con el niño y debían seguir cerca de el. Aún así el médico encargado no quería dejarlo pasar pero Rafael se le acercó y le dijo que o lo dejaba ingresar o lo denuncia por falta de colaboración y transparencia en la entrega de bienes perdido por una calamidad pública y ambos sabían que eso no se vería bien en medio de las noticias amarillistas que surcaban internet.

Al final, dejaron pasar a Rafael, lo vistieron con todas las protecciones, incluso podríamos decir que parecía un astronauta. Un enfermero lo llevo donde el niño, le conto como lo encontraron y que en realidad el chico fue afortunado al haber caído de las cajas, aunque eso le lastimó el tobillo.

De no haberlo encontrado y tratado probablemente ya estaría muerto. A lo que Rafael contesto: “Al parecer llegará al mismo destino, solo que unos días más tarde.” En ese momento el enfermero le aseguro que el niño es fuerte y están probando nuevos medicamentos, aún es posible

que mejore…

El enfermero le entregó a Rafael la billetera en cuestión para que verificará el contenido. El no podía creer que la billetera contenía el cien por ciento del dinero que recordaba pero, en realidad a él no le importaba el dinero. En ese momento Rafael le pidió al enfermero que lo llevara con el chico, este titubeo pero Rafael le dijo que "Solo quería agradecerle por haberle guardado las cosas".

En el instante que Rafael vio a Simón se le llenaron los ojos de lágrimas, sabía el dolor que conllevaba la enfermedad y podía ver cuánto sufría. Se acercó a él y volteando al enfermero pidió un bolígrafo o un lápiz para anotar el nombre del chico en su ficha. Cuando vío que no podía tachar lo escrito Rafael decidió solo agregar un nombre a la ficha para completarlo como "Simón R. Antón". Dejando la ficha y el bolígrafo Rafael se levantó la máscara protectora a lo que el enfermo reaccionó con sorpresa y una expresión que gritaba "¡Pongasela!".

En ese momento Rafael susurro al odio de Simón:

"Gracias Simón, ahora sin importar cuánto tiempo tengamos, cuidaré de tí."

Ya han pasado dos años desde la crisis, algunos negocios no lo lograron, otros se hicieron más fuertes. La sociedad cambió por completo. Somos un poco más solidarios, un poco más humanos.

Vemos niños jugando en los parques y aunque las ciudades siguen siendo muy agitadas, ahora tenemos espacios para aquellos menos afortunados, hay albergues dignos y talleres que les enseñan oficios para ganarse la vida. Existe una escuela comunitaria que da alimento tanto a la mente como al cuerpo, incluso hay lugares que los artistas han llenado de color. Parece que la vida regresa y nos da una nueva oportunidad.

En un callejón que solía ser de los más oscuros ahora hay una luz permanente, un resplandor. Un graffiti especial de un chico volando con un abrigo impecable y en la capucha dibujada la cara de un ratón. Debajo una inscripción que dice:

"Aquí voló, saltó y se escabulló de la vida en las calles, logrando ser lo que más quería. Una persona y no un ratón de alcantarilla.

Lo recordamos siempre y nos inspira.

Ahora del otro lado del mundo enseñando su arte y habilidad.

Por siempre ciudadano de las calles de esta ciudad.

Simón R. Antón ”